

## Todo son traducciones, todos somos traductores por José Saramago

"Para José Saramago, el mejor amigo de los traductores...". Así empieza la dedicatoria que acompañó el obsequio que, con profundo reconocimiento, entregamos a nuestro Invitado de Honor. No cabe ninguna duda de que en el mundo hay "grandes" y que ellos pueden entrar en dos categorías: los grandes que lo son por el arte, ciencia o virtud que han desarrollado y los que lo son por tener todo eso y además calidad, calidez y grandeza humana.

José Saramago es grande desde todos los lugares y todos los calificativos y nos dejó a todos, a los que estuvimos junto a él y a los que compartirán esos momentos a través de las líneas que siguen, el único y verdadero sabor de lo trascendente, para saborearlo hasta un próximo encuentro en el que ya reconocerá, en el corazón y en los sentidos, las caras, las voces y la genuina admiración de todos nosotros, los traductores, sus "cables" hacia un mundo mejor.

*En primer lugar les doy las gracias por la invitación, por la atención o por el propósito de atención que significan las miradas en todos los rostros que estoy enfrentando en este momento.*

*Hay por ahí un programa que dice que esta conferencia, charla, comunicación, exposición, es "La traducción según Saramago". Bueno, hay que tener mucho cuidado con esos títulos, porque yo ya tengo un "Evangelio según Jesucristo" que me ha dado muchas complicaciones y, a lo mejor, no salgo intacto de esta comunicación, si me mantuviera en el marco de un título.*

*Entonces les propongo otro, a la vez más sencillo y quizá mucho más complejo: "Todo son traducciones, todos somos traductores". Y esto que parece un juego de palabras, no lo es.*

*¿Qué es traducir? En principio, y según los diccionarios —que son indispensables, pero lamentablemente siempre insuficientes— es pasar algo, una palabra, que está en un idioma; buscar una palabra que le corresponda, más o menos —siempre más o menos—, y ponerla en lugar de la que teníamos.*

*Sí, podemos estar de acuerdo. ¿Pero qué es escribir, sino traducir? Cuando uno escribe, un poeta, un dramaturgo, un novelista, un ensayista, lo que está haciendo es traducir. Las ideas, los sentimientos, las emociones, todo lo que pasa dentro de la cabeza de ese señor o esa señora que está escribiendo..., se puede decir que dentro de su cabeza tiene las palabras y por lo tanto no tiene nada más que hacer sino quitar la palabra de donde está y ponerla afuera, en el papel. Pero eso, sería demasiado sencillo, eso significaría que sabemos donde están todas las palabras, que podemos encontrarlas instantáneamente, que no tenemos que preocuparnos, que al necesitarlas —y aquí tendríamos que preguntarnos qué es lo que significa necesitar una palabra y no otra— aparecerían.*

*Pero siempre tendremos esa especie de océano, eso que tiene que ver con lo que casi llega a la frontera de lo inefable.*



*Lo inefable es lo que no se puede comunicar y lo que pasa dentro de la cabeza de cada uno de nosotros tiene mucho de inefable y en relación con eso no hay nada que hacer. Si es inefable, punto y no hablemos más del tema.*

*Pero hay algo que está muy cercano a lo inefable, aunque todavía no lo es o no lo será nunca y por lo tanto hay que expresarlo. Y aquí expresarlo es sencillamente traducirlo.*

*Creo que quizá yo sea el primer escritor que admite la posibilidad de que lo que está haciendo sea una traducción: está poniendo lo que tiene dentro de la cabeza de una forma inteligible que pertenece a un código social de comunicación: el lenguaje.*

*Es claro que tengo las palabras, pero no tengo las palabras, como si el centro cerebral del lenguaje fuera un archivo o disco duro donde oprimo una tecla y sale lo que yo necesito. Las cosas, como todos sabemos, son un poco más complejas.*

*Y de esto paso directamente a los traductores.*

*Yo he hecho traducción durante algunos años, he vivido de ello, sé lo que significa, no vale la pena entrar en el te-*



ma o si vale la pena porque hay algo que discutir. Que los escritores hacen las literaturas nacionales y los traductores hacen la literatura universal.

Imaginemos que no hay traductores y estoy pensando sobre todo en los traductores literarios, aunque también hay traductores científicos y en muchos casos especializados en una determinada rama. Entonces, imaginemos que no hay traductores. Que cada país o cada idioma tiene sus cultores, que son los lectores, los hablantes y los escritores de ese idioma. Y la cosa queda ahí, encerrada y nadie se entera afuera de lo que está pasando. Se puede decir: "bueno, el conocimiento de los idiomas está bastante avanzado, muchísimas personas hablan 2, 3, 4 ó 5 idiomas". Pero sólo hablan 3, 4 ó 5 idiomas, no hablan 50, 100, 200 ó 1000.

Y ahí tenemos la entrada de un señor o de una señora que traduce. Normalmente son señoras, todos estamos de acuerdo. A lo mejor es porque son mal pagadas y los hombres no quieren ser mal pagados o a lo mejor los hombres no tienen la paciencia de estar buscando, trabajando sobre una página y al mismo tiempo sabiendo que tienen un plazo que cumplir y que tienen que dejarlo en la cercanía de eso que llaman perfección tanto cuanto se pueda y no les importa pasar horas y horas sobre una palabra.

Entonces son los traductores los que convierten ese archipiélago incommunicable, en principio, que es el archipiélago de los idiomas. Los que establecen los puentes necesarios, y permiten a aquellos que no dominan todos los idiomas del mundo —que somos todos—, llegar a conocer lo que se hace en el planeta, en el plano de la creación literaria, de la investigación científica, o de lo que sea.

Yo he sido traducido a 45 idiomas, publicado en casi 60 países. Es mucho, y si bien no tengo una comunicación con todos mis traductores, con muchos de ellos sí la tengo. Me encuentro muchísimas veces en situaciones muy difíciles, porque me envían listas de dudas (desde mi punto de vista, el buen traductor es el que tiene dudas. El no tener dudas es una amenaza pública). A veces son un poco inoportunas, porque uno está haciendo su trabajo y tiene que dar una respuesta, pero el problema está cuando el autor se encuentra en la casi imposibilidad de transmitir al traductor qué es lo que ha querido decir con esa palabra, o con las dos, tres o cuatro palabras que son motivo de duda. Porque el autor suponía que aquello no podría suscitar ninguna duda, porque sabe lo que quiere decir. Aunque si le preguntaran "¿y esto qué quiere decir?" se vería en dificultad para explicar —a alguien de su propio idioma— qué es lo que está ahí.

Pero... ¿cómo explicarle a una persona que está a miles de kilómetros de distancia, y que muchas veces tiene una cultura, hábitos, historia, costumbres, mentalidad distintos...? Puede que lo que está diciendo no tenga ningún sentido para el traductor. Pero por lo menos como yo lo veo, la primera condición para ser un buen traductor es conocer lo

mejor que pueda su propio idioma. Conocer el idioma del que va a traducir, claro que sí, pero, sobre todo, conocer a fondo su propio idioma, porque ése es el camino para llegar a donde se necesita.

Entonces, para volver a la lista de las dudas, muchísimas veces me encuentro con que tengo que explicar algo que para mí es transparente, aunque ahora estoy consciente de que no es tan transparente como creía. ¿Cómo lo voy a explicar? Porque incluso mi explicación puede tener tan poco sentido para él como el motivo de la duda y ahí uno se da cuenta de que hay casi una especie de vértigo en esta idea de que vamos a decir todo lo que queremos. A la hora de escribir todo eso da la falsa sensación de que está disponible, y por lo tanto no hay más que hacer que pasar de "aquí" a "aquí". Pero estamos hablando de otro universo, de una persona que está haciendo un trabajo en una lengua.

Esto me recuerda que hace años, en Ámsterdam o Róterdam —ahora mismo no me acuerdo— estábamos en un encuentro que tenía que ver con el Parlamento Europeo. Era un debate sobre ética y estaban teólogos y filósofos. Y se encontraba ahí un filósofo japonés que declaró que era católico, pero que no nos equivocáramos. Que creía en todos los dogmas de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, pero que eso no significaba que esa comunicación por dentro, esa cosa visceral que lo liga a uno con su propia creencia fuera igual para todo el mundo, y quería decir que no era igual para él. Porque el hecho es que era japonés y tenía otra cultura, otro idioma, otra historia.

Aunque en el plano de la creencia él estuviera exactamente donde están todos los otros creyentes, italianos, romanos, portugueses, brasileños, argentinos, el hecho de que el era japonés hacía que todo fuera igual, pero todo fuera distinto. Y ése es el problema de la traducción. Incluso cuando parece igual, todo sigue siendo distinto.

Cosas tan sencillas como esto: lo que ustedes, los de habla castellana, llaman calle, para nosotros es rua. Los italianos dirán via, los alemanes dirán strass, los ingleses, street, y no hay otro medio. Se pasa de una palabra a la otra. Si en la obra original aparece rua, pues entonces mi traductora que está aquí, Pilar, sin más remedio pondrá calle.

Pero no es lo mismo una rua que una calle. Físicamente quizá sí, por ahí pasan los coches, la gente baja y sube, hay tiendas y todo eso es lo mismo. Pero hay una realidad sociológica totalmente distinta entre una rua y una calle, una calle y una via, una via y una strass. Sabemos que en este caso no hay más remedio. La traducción única, unívoca es ésa, pero es bueno que tengamos conciencia de que no estamos diciendo lo mismo.

Ahora, me gustaría añadir que hace muchos años yo estaba traduciendo un libro de relatos de Colette y hay un relato

que se llama "La muerte y el niño enfermo", que es absolutamente deslumbrante. Colette era una escritora aparentemente frívola, pero con una dimensión verdaderamente extraordinaria. Habla de un niño que está enfermo, tiene una parálisis infantil, se está recuperando, tiene fiebre, y le gusta mucho leer. Entonces sobre la cama hay una cantidad de libros, unos con ilustraciones, otros no... y él está envuelto en esa fiebre y en esa especie de otro mundo que es, al mismo tiempo, el de la enfermedad y el de la lectura. La relación entre todo esto recrea una atmósfera realmente incomparable. Y en un momento determinado habla de un libro encuadernado en, según Colette y literalmente traducido al castellano, "cuero amarillo".

Yo me decía: pero "cuero amarillo", ¿qué saben los franceses?, no puedo escribir en portugués "coro amarelo" o en castellano "cuero amarillo" porque no es cierto. Aunque sea cierto, aunque la materia sea cuero, aunque el color sea más o menos amarillo, "amarillo" es una palabra que no puede caber aquí. Pero todo me lo estaba diciendo, era una traducción directa, unívoca, "cuero amarillo", "coro amarelo".

Era el tiempo en que yo estaba traduciendo en casa, al principio, y lo tomaba muy en serio. Era como si estuviera jugando mi propia vida en cada palabra que pasaba de un idioma a otro, tenía un sentido de la responsabilidad tremenda. Entonces, el diccionario de portugués-francés no me decía nada más que esto. ¿Qué es lo que hice? Me fui a un diccionario de portugués para ver si encontraba alguna palabra con una raíz similar a la que llevó al idioma francés a llegar a esa palabra.

Y me fui, y lo tengo que decir ahora, con el corazón temblando... y la verdad es que encontré lo que necesitaba. Hay una palabra portuguesa que nadie usa, una palabra arcaica, que significa exactamente lo mismo: amarillo. Lo que pasa es que como la palabra no es conocida, yo creo que sólo un lector muy exigente, al encontrarla, irá al diccionario para ver qué significa. Normalmente el lector dirá: esto más o menos creo que lo entiendo, y sigue adelante. Y la palabra es—ahora tengo que decirlo con mucho cuidado, por esto de la jota, ¿no?— la palabra es jalne, es decir, J, que nosotros decimos SH, y luego A, L, N, E. Jalne significa amarillo. Entonces, yo estoy diciendo lo mismo pero como lo estoy diciendo con otra palabra ya no estoy diciendo exactamente lo mismo. Pero la palabra cuero tampoco me gusta y como normalmente los libros son encuadernados en piel de oveja o de carnero que nosotros llamamos carneira, entonces quedó el libro encuadernado en carneira jalne y tenéis que reconocer que es muy, muy bonito.

Vale esto ahora para contar qué ocurrió hace muy pocos días, algo que en el fondo muestra que uno nunca sabe de las consecuencias, o las imprudencias en las que cae.



José Saramago durante la conferencia inaugural.

Esta frase mía que a los traductores les gusta mucho y que dice que "los traductores son los que hacen la literatura universal", me va a costar algún dinero. Hace dos o tres semanas nos llegó —porque Pilar es quien tiene que aguantarse dormir con mi cara y todo eso—, una pretensión de mi traductora al alemán preguntando si yo estaría de acuerdo en revisar las condiciones del contrato que ella tiene con el editor, subiendo un poquito de un lado, bajando un poquito del otro, para que ella se beneficiara un poquito más una vez que cierre su trabajo etc., etc., etc. Bueno, evidentemente uno tiene que respetar su propia palabra y no puede tener dos discursos, el teórico "sí señor tiene todos los derechos" y el práctico "sí señor, no tiene ningún derecho".

Entonces, me permito decir a todos los traductores aquí presentes que los traductores hacen la literatura universal, o la ciencia universal. Imaginemos que los científicos de un país se quedaron allí, así sin más, digamos hablando unos con los otros. Yo sé que en el plano científico ahora el idioma que tienen que usar todos es el inglés, claro, pero aun así hay muchas materias en que eso no ocurre, por lo tanto hay, insisto, realmente, la necesidad de una reivindicación que no es sólo profesional.

Es decir, la reivindicación profesional de mejor remuneración, condiciones de trabajo más humanas, incluso que no se imponga un plazo que no se puede cumplir porque entonces se entra en una especie de dinámica diabólica que es ésta: me dan un plazo corto, por lo tanto yo tengo que trabajar más de lo que debería y menos, viendo lo que me gustaría a mí. Y, por otra parte, no me pagan mucho por lo tanto yo tengo que trabajar de prisa para pasar a otra traducción. No, creo que hay que revisar todo esto y todos tienen que ser comprensibles.

A veces dicen: "pero no todos los traductores son buenos". Ah, claro, evidentemente no todos los médicos son buenos, no todos los ingenieros son buenos y no todos los editores son buenos. El problema aquí es que vamos a tener un



objetivo: presentar un trabajo bien hecho desde el principio hasta el final. Que todo eso sea ponderado y que el papel del traductor sea efectivamente reconocido. Porque el problema es que está reconocido, en las reuniones internacionales no se puede hacer nada sin la presencia de los intérpretes, evidentemente. Pero, eso se llama reconocimiento en la práctica y ya más no hablemos aquí, aunque sea importante, de lo que se gana con el trabajo de traductor:

Yo creo que hay algo que no está por encima de eso pero que aún así debería ser tenido en consideración y es lo que llamo status social.

Es decir, el traductor no come en la cocina. Esa idea de que los dependientes comen en la cocina y de que el traductor es sencillamente un cable que une un idioma a otro y, por lo tanto, no tiene más que una función de cable comunicativo y nada más.

No hay un status social. La sociedad debería tener en cuenta que la existencia del traductor es tan indispensable como esa otra especie de cable hueco que son las cañerías que llevan el agua a casa: abrimos el grifo y sale el agua, parece todo muy fácil. Se abre el grifo de los traductores y sale otro idioma. Es eso, y parece todo muy fácil.

Pero en primer lugar no es fácil y en segundo lugar hay que reconocer que cuando yo decía que todo es traducir, la cuestión no se limita sólo a la obra que se traduce a otro idioma.

Hay otro tipo de traducción que no tiene que ver sólo con el traductor pero a la que quizá los traductores pudieran dar una cierta ayuda en la comprensión de lo que pasa, que es la traducción del discurso político.

Todo discurso político necesita ser traducido. Quiero decir que el discurso político que estamos escuchando en nuestro propio idioma necesita traducción. Quizá no esté diciendo exactamente lo que parece que estoy diciendo, quizá aquí hay que tomar en cuenta lo que en mi última novela yo llamo los subtonos, es decir: la palabra es emitida, pero hay que tener en cuenta que hay subtonos y ahí ya no tiene que ver con los traductores, tiene que ver con la sociedad que todos somos.

Interpretar, traducir a un lenguaje más comprensible lo que parece ser la comprensión... las palabras están ahí, democracia, fraternidad, integridad, igualdad, todo, y en el fondo hay que entender que lo que se está diciendo no es exactamente eso. O que lo mejor es no creerlo, y ese es un trabajo de traducción que ya no pedimos a los traductores, pero de alguna forma sí.

A mí me gustaría que en este Congreso una comunicación exactamente tratara de eso: el discurso político como imposibilidad de traducción, porque ¿cómo se va a pasar el discurso que está escrito en un idioma a otro discurso escrito en el mismo idioma pero que diga finalmente lo que el primero no está diciendo? Y es con el máximo respeto por los políticos, pero aquí estamos con los traductores que no todos son buenos, los autores que no todos son buenos y los políticos que no todos son buenos, ¿no? He querido decir que hay un problema de comunicación general en todo y García

Márquez, en el fondo, no tiene tanta razón. Yo lo quiero mucho y lo respeto mucho, lo admiro mucho, y sigo con gran cantidad de palabras. Quizá nos convendría tener menos palabras, o dar un contenido auténtico a las palabras que tenemos. Hay palabras que están desgastadas, usadas, repetidas, pisoteadas.

Una de ellas, que todos usamos ahora —no vamos a tirar piedras a los políticos que la usan— es la palabra democracia. ¡Dios mío! ¡qué maltratada está! Todos los días, a todas horas, en los periódicos, televisión, nosotros, tú, él, aquel, todos estamos diciendo "democracia, democracia, democracia" y no sabemos qué es lo que estamos diciendo.

Hay realmente un problema de comunicación que este Congreso ya no podrá resolver. Pero es algo que está en la sociedad. El uso de esa palabra Jalne, que nadie usa, que nadie se atrevería a usar en Portugal, en el fondo es el caso. Una palabra que existió, que ha sido moneda de cambio, de comunicación, en un tiempo determinado y que cuando la recuperamos es como una moneda nueva, brillante, que se nos presenta y que vamos a poner al lado de otras monedas desgastadas, sucias. Yo creo que hay que limpiar las palabras, limpiarlas. Y el oficio del traductor es, al igual que el oficio del escritor en este caso o del discurso político nuevo, el que se enfrenta a la realidad.

Ahora sí, creo que ya hemos agotado el tiempo, espero no haber agotado vuestra paciencia. Lo que yo les voy a decir es que lo pasen bien y ya está claro que toman muy en serio vuestra actividad profesional.

A mí me da una profunda alegría que profesionales que tienen la responsabilidad de hacer el mundo más inteligible, se reúnan, discutan, debatan, que de aquí salgan cosas buenas y que la sociedad que está afuera no lo olvide. O, si no lo sabe, que se le transmita la vivencia de lo que la sociedad debe a la existencia del traductor.

Y el diputado que habló de algo tan concreto como es la información que se da sobre lo que se come o cuántas veces compramos algo y nos aparece con el manual de instrucciones y cuántas veces el manual de instrucciones es ininteligible, porque ha sido traducido con los pies.

Muchísimas gracias a todos, buen trabajo y adiós.

